

EN LA MESA DE DON GERARDO PIZARRO

Leonidas Cevallos

El autor del artículo describe sus experiencias con un sabio popular de la Costa norte del Perú, Gerardo Pizarro.

Buscamos a Don Gerardo Pizarro en su casa del barrio de Victoria Nueva, en Chiclayo. Conversamos en una pequeña mesa cubierta con un mantel rojo, bajo el cual guarda documentos, recortes y cartas. Me muestra algunas. De España. De Suecia. De la Argentina, con una foto de una joven mujer que quiere ser rastreada. Es decir, que quiere saber cuáles son sus dolencias.

Gerardo Pizarro Señá, "el curandero, el mago, el yerbatero, el raro", es un hombre afable. No pierde su buen humor cuando a veces escucha tras de sí a un niño diciendo a otro que ese señor es brujo. Pizarro no usa calaveras, polvo de murciélago, ni malas pencas. Es un curandero, como reza la cuenta arriba citada. Puede vehicular fuerzas de orden mágico. Y conoce más de diez mil plantas, con todas sus sustancias, propiedades y virtudes curativas. Pero su vida cotidiana no tiene nada de raro. La mesita en que conversamos da sobre un corredor donde se alinean los sacos llenos con los frutos de sus campos. "Yo trabajo, nos dice, desde la medianoche hasta las 6, 7 de la mañana. A las 8 ya he despachado a todos mis pacientes. A las 8.30 estoy en mi chacra. Enciendo mi tractor, y estoy arando, surcando, mientras mi gente trabaja en el campo. A las 3 de la tarde salen todos los peones. Yo me quedo hasta las 3.30, y me vengo acá a despachar a mis pacientes. A las 7 p.m. voy a la ciudad por una u otra cosa. Duermo de 9 a 12 de la noche. Tres horitas, toda la vida, tres horitas. Con eso es suficiente". Esa misma noche trabajaría, es decir armaría una mesa, es decir tendría una sesión de cura. Y estábamos invitados.

A las doce de la noche

Antes de la medianoche, pues, nos encontrábamos apostados frente a la casita de adobe, que parecía ser deliberadamente la única sin electricidad en toda la calle. Los pacientes esperaban sentados en la vereda, apoyados contra la pared y, recostados sobre esteras, en el primer cuarto de la casa, alumbrado con un candil.

Esa lucecita también se apaga cuando aparece el maestro y se ubica frente a la mesa, donde ya se encuentran dispuestos sus artes, objetos diversos como piedras pulidísimas, huacos, etc., a través de los cuales seguirá rastreando, visualizando, dándose cuenta de los males que aquejan a sus pacientes. Estos se sientan en bancos, sillas y por todo el suelo de tierra pisada. Hay un perfume a hierbas, a cortezas. Y a gardenias que, en una jarra, están sobre la mesa. Pizarro me busca en oscuridad y me dice que me siente en un banquito, a su lado. "Quiero ver si puedo hacer dos cosas al mismo tiempo", dice para sí. Tiene en la mano su chungana, una sonaja de calabaza y a sus pies un recipiente con el líquido que acto seguido beberán todos sus pacientes. Tiene también una gran bolsa con una infinidad de hierbas.

El sonido de la chungana cubre toses concertadas. Con los ojos cerrados el maestro dice "Gloria al Padre, Gloria al Hijo y Gloria al Espíritu Santo" y empieza su primera invocación al espíritu de las plantas que usará esta noche. Plantas vivas, nos dice: "En este momento las vengo trasplantando entre tu nombre, injertando entre tu sombra y encarnando entre tu suerte. Hora por hora, día por día levanten tu ánimo, tu espíritu. Con la Oración de Júpiter y Justo Juez: A las 4 de la mañana llegará la hija de Venus, y con un soplo de aire levantará tu espíritu".

Esta oración es por momentos musitada, ininteligible. Por momentos escucho:

Así como estas hierbas vivas
cuando cae una semilla a la tierra
y nace una raíz
y salta una rama,
una hoja, una rama,
una rama,
hora por hora
y día a día,

de la noche
a la mañana.
Cuando llegan a ser esas plantas,
esas luces vivas,
y brotan esas flores vivas,
esos aromas, esas fragancias.
Así van a levantar tu ánimo,
tu espíritu,
entre los nervios,
entre los huesos,
estas hierbas vivas,
entre los nervios,
entre los huesos,
entre las coyunturas.
Bien parejo entre la sangre.

Como cazar un virus tenaz

El maestro, secundado por un ayudante, dosifica y distribuye el concentrado oscuro de 24 hierbas y dedica a todos una oración, distinta cada vez, puesto que los males y sus remedios varían. A ese jugo de 24 hierbas, agrega otras (en gotas, o en polvo) a determinadas personas. A una señora, por ejemplo, le dio la hierba de la boca. Que "es pintada, igualita. Y crece como un cabo, como una soga larga. Si, por ejemplo, usted la pisa, se pinta. O si la toca. Igual, como la culebra. También entume —me dice—, también encoge, también mata, la hierba de la boa. ¿Que por qué la uso? Porque es curandera".

A tal hierba y a tal paciente el maestro dedica una oración especial. En ella pide reiteradamente a la planta que no maltrate a su enfermo. "Cuidado —le dice—, cuidado con espantarla, cuidado con asustarla, cuidado con fatigarla, cuidado con aloarla, cuidado con ponerla en estado inconciente. Cuidado con enredarla, cuidado con amarrarla, cuidado con enrollarla, cuidado con envolverla. Cuidado. Con enrollarla, con envolverla, con anudarla.

¿Y por qué le viene contando que cuidado con enrollarla, cuidado con aloarla o sofocarla o ponerla en estado inconciente? Porque le he dado la hierba de la boa viva

esas culebras vivas.
Esas que juegan
entre la sangre,
con esos sus colmillos vivos
cómo vienen masticando

Mientras Don Gerardo distribuye así su bebida, vamos conversando:

—“Aquí, me dice, hay una señora que ha estado tomando gran cantidad de medicina. Y ahora parece que la medicina le quiere chocar. Como una alergia. Ninguna medicina le obedece. Pero ahora verá que con estas plantas que le voy a dar, cuando sea la hora, va a empezar a botar eso. Eso es un virus que está entre la sangre. Los médicos quieren matarlo con antibióticos. Pero no alcanza. Porque es un virus que está parado por la sangre y cuando uno se acuerda se corre por la carne, por la grasa. Se da vueltas. No lo pueden cazar. Pero ahorita la planta se mete por la sangre y lo saca muerto por la mañana”.

“En toda mi campaña —me habla mientras prosigue la distribución—, ninguno se me ha muerto ni se me ha alocado”. Desde Lima destacados médicos le han enviado enfermos. Tres, recientemente, “con tanta suerte que los tres se han regresado sanitos”. De igual modo, si él ve que las enfermedades de los que lo visitan son para ser curadas por un médico, les hace la recomendación pertinente.

“De Lima vino una señora, muda”

En la oscuridad se escucha la voz de una mujer sentada cerca de mí:

“Uy. Cuando veo una cosa ahí mismo me quedo. Antea-
yer vi por mi casa a una moto que pasó por entre las piernas de un hombre. El hombre estaba montado en las ruedas de la moto. Y bien prendido del timón. Lo botó lejos. El hombre estaba echado, tirado ahí. Ay, madre, yo he gritado. Yo dije ‘lo mató’. Y nada, fijese. Pero yo seguía gritando: ‘lo mató, lo mató’”.

Cuando todos hubieron terminado de beber, Don Gerardo me dice: “Primeramente, al paciente se le viene enhierbando. A cada paciente se le da su planta, su hierba, que le pertenece, que ataca a la enfermedad. Aquí, por ejemplo, hay enfermitos que están mal del corazón, que están con fatiga, con cansancio, que sufren mareos. Como cuenta la señora: ella no puede ver caerse a alguien porque se impresiona mucho. Por ejemplo, de Lima vino una señora, muda, por una impresión: su hijo vino del extranjero, recibido de doctor. Y desde que llegó (el Destino) quiso que su padre le regale una moto. Tres días nomás duró en el Perú. A la entrada de Lima lo agarra un carro y lo amontonó

y ahí lo dejó. Van con el laberinto y viene la señora y ve a su hijo por pedazos. La señora pegó un grito y se quedó muda. Quince días estuvo en el hospital y no hablaba. Y alguien dijo que tenían que buscar a una persona que curara del susto. A los ocho días la hice hablar. Hacia las 5 de la mañana le pego una enhierbadura y 'Ay, maestro, me dijo, me duele el estómago, me muero con el dolor de estómago'. Se olvidó ella misma que no podía hablar. Habló, esas fueron sus primeras palabras. Y de ahí ya se desbarató hablando".

—“Una vez enhierbada la persona, prosigue Don Gerardo, entonces se principia la primera etapa: a contar la planta. Mejor dicho, a transplantarla, a injertarla y a hacerla carne con el cuerpo de la persona. La planta no tiene por qué maltratar a nadie. La planta lo va jalando, jalando, levantando. Como si usted amarrara a una persona abajo en un pozo. Y la va jalando, así, y la va sacando. Y la pone arriba en libertad. Entonces su espíritu, cuando la persona ya está enhierbada, se viene sintiendo otro”.

Una por una, hierbas vivas

“Ahorita vamos a comenzar a mover las plantas: de adónde vienen. Ahorita se comienza. Primeramente se comienza a contar a las personas. De ahí se pasa a mover las plantas: dónde nació, de dónde viene, de dónde ha sido traída. Es como si a usted le dijeran: '¿De dónde es usted?' 'Yo soy de tal parte'. Así es la planta. Cada planta viene de su encanto, de su huerto, de su jalca, de su cordillera, de su loma”.

“En algún congreso he hablado de las tres estaciones en que recojo las plantas. Por ejemplo, todas la hierbas de Mishahuanga, Landamarca, Tongoral, Yango, Alachihuanga, Huanca-bamba, las Huarinas, las Cordilleras son plantas curativas de suerte, ánimo, espiritualidad. Y las plantas curativas fuertes son de la Amazonía. Son de Tumbes, Jaén, Chachapoyas, Copai, Tarapoto, Lamas, Rioja, San Martín, Juanjuí, el Cabo El Cóndor, Tingo María. Son de las Amazonías, de las calorías (se llaman calorías). Ahora, las plantas más fuertes son las Selváticas. Son carnívoras. Por ejemplo, traigo hierbas de Pucallpa, San Francisco, La Colonia, Satipo, Puerto de Palo, Pampa Michi, San Ramón, San Benito, Loreto, La Toma, El Desaguadero y Requena. Por ahí salgo para acá. Así doy la vuelta. Recogiendo plantas. Como ahora las va usted oír cantar”.

“Siento que me curas, hierbita” y “Recordando con los nombres, con la sombra y con la suerte”, dice Gerardo Pizarro en voz muy baja. Y comienza a mover acompasadamente su sonaja y a silbar el aire de la primera de las siete cuentas que debe contar a las plantas. A partir de este momento el maestro gobierna su mesa (presentes incluidos) como un microcosmos. Nada escapa a su control. El se transforma en el vehículo de las fuerzas de orden sutil que va a convocar. Las cuentas (que canta con voz de salmodia) y los artes que están sobre la mesa son sus soportes, o medios.

Sobre las cuentas

Las cuentas son como sostenidas letanías al espíritu de las plantas, a las que llama damas, hadas, niñitas encantadas (también agua bendita, agua de cáliz, jugo de ámbar, agua de azahares, pedernales, hostia sagrada) para que se den cuenta “de adónde vinieron los males, de adónde brotaron los dolores, de adónde salió toda pena, de adónde brotaron los pesares”. Con ritmo y letra sin cesar cambiantes, las cuentas revelan la búsqueda, cacería y localización de los males de todos aquellos que han bebido el remedio.

Cuando termina de cantar la primera cuenta Don Gerardo me dice:

—“Ahora estamos bien seguros, con base, que a nadie le choca la bebida. El peligro está cuando usted va contando a la planta y alguien reacciona mal. Pero nadie ha dejado caer. Esto se llama enhierbar a la persona. Es como si a usted le pusieran un suero para lavar o alimentar la sangre. Así es, las plantas ya se han aposeñado del cuerpo del paciente. Ahora viene la otra cuenta a la planta. Para recordar su lugar de origen”.

Empieza a mover su chungana, a silbar y luego a tocar una música de cascadas en un rondín. Apenas termina de cantar la segunda cuenta en la que, entre otras cosas, comunica a sus pacientes que les ha dado hierba del olvido y dormilonas (“dos plantas que no se dejan”), dice: “Ahorita, conforme les voy perfumando este perfume que es agüita florida, ustedes van haciendo así (aspira), oliendo estas floridas. Van a oler estas floridas”. Rocía a todos con Agua florida. Y reza una oración, de la que entresaco:

En los cuatro cardinales
del mundo,
en Huaringas
y en medio
de tus cordilleras,
de tus encantos,
los voy parando
con la mañana.
Así como levanto
estas floridas vivas,
así vengo floreciendo
su ánimo,
su espíritu.
Así como esos páramos vivos
que levantan en sus aguas,
en sus Huaringas,
en sus cordilleras,
esos páramos blancos
vivos,
así se levantará
de la noche a
la mañana
tu espíritu
por esos paramales
vivos,
por esos luceros,
por esas estradas
vivas
donde se levantan
esos relámpagos blancos
vivos.
Porque los vengo
suspendiendo.
Porque los vengo
levantando.

Luego nos vierte unas gotas de Agua florida en la palma de la mano derecha. Recomendando: "No es interesante que huelan el líquido, sino que lo suspendan con la fragancia, con el perfume".

Son las tres de la mañana

—“Ahora —me dice— entramos en la tercera etapa. A encaramar la planta. Entonces recién van a sentir calorías. De-

ben ser las 3 de la mañana. Por eso dice la Oración de Júpiter y Justo Juez: "A las cuatro de la mañana llegará la hija de Venus". ¿Cómo llega? Es una planta, una hierba, una hada que con el perfume y la fragancia de su aliento levanta el espíritu de la persona caída. Aquí no hay que 'yo no creo' o 'yo soy incrédulo'. Crea o no crea le levanta el espíritu. De estas oraciones se desprende que nunca debe hacerse daño a un ser humano. Dios está mirando todo lo que uno hace".

Mientras la hierba del olvido y las dormilonas se apoderaban de los presentes, Don Gerardo y este periodista sostuvieron un diálogo onírico (difícil e inútil de transcribir), del que salgo como testigo de la vitalidad de esta ciencia del Antiguo Perú. "Esto es bien grande, me dice. Podemos pasarnos un mes conversando y no terminamos".

— "Aquí, en el Hotel de Turistas, hice una demostración. Con una mujer inválida. La hice andar, caminar, saltar, brincar. En cuatro horas la sané, pero le saqué el agua del cuerpo, ahí, ahí, ahí. Ante público, hasta que ya. La subieron en camilla y se bajó andando despacito".

— ¿Era una enfermedad de origen psicológico la de esa señora?

— De mal hechizo, me responde.

"Ahí entra el Maléfico. Por eso, el buen curandero tiene que ser bien malero. Claro, pues. Si no, cómo. Si usted viene con un daño cómo lo desato, cómo lo desenvuelvo, si no sé. Veo que es un mal, ya sé cómo lo voy a deshacer. Viene empujado por el espiritismo, ya sé cómo lo voy a deshacer. El buen curandero tiene que conocer bien a fondo la brujería. El brujo trabaja al lado izquierdo y el curandero al lado derecho de la mesa. Es la guerra que hay entre los dos: el curandero sigue al maléfico y el maléfico sigue al curandero. Esta guerra se ve en los artes. Si uno está trabajando y nadie está atacando a nadie, entonces todos los artes están a una serenidad. Pero si se siente un aire maléfico los artes se comienzan a emplumar. Como una piedra imán cuando le ponen aserrín de hierro. O como un gato cuando ve a un perro y se comienza a erizar".

Me dice Don Gerardo que muchas enfermedades cuyos síntomas o signos exteriores se dan en forma de tumores, fiebres o cólicos diversos y, como en el caso arriba contado, parálisis,

tienen su origen en el mal hechizo, o daño. Esas son las que él cura.

Son las cuatro

Son las 4 de la mañana. La puerta está abierta sobre la calle amplia, sin pavimento. El ayudante pregunta al maestro si ya es hora de repartir las varitas. Dan a cada enfermo una vara de chonta. "Ahora —me dice Don Gerardo— vamos a entrar en la etapa de las Amazonas, contando las plantas que van a venir, las calorías. Son las 4 de la mañana". Y reinicia sus cuentas, su viaje mágico por las selvas (ya dejó las cordilleras) donde recogió sus plantas. Su viaje, a través de esas mismas plantas, por los órganos de sus pacientes. El ritmo que marca ahora la chungana es confiado, triunfante. Enfermedades y traumas parecen venir amarrados, conducidos en fila india por poderosos caciques vencedores. Entre sueños escucho que, terminado su periplo selvático, emprende viaje "por el contorno del mundo, alrededor del mundo entero". Por Turquía, la India, "Asia bien adentro", Suecia, Holanda, España, Africa, Filipinas, Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, etc. Como para afirmar la universalidad de su ciencia.

Todos abrimos los ojos cuando Gerardo Pizarro parece abrir la luz del día. Nos levantamos. El ayudante nos da una pizca de hierbas (con predominio de tabaco) para masticar. Más un rapé a aspirar por las fosas nasales. Los efectos desintoxicantes de esta mezcla se revelaron de inmediato: equivalía a aspirar pimienta. En el corredor de la casa, los alzadores limpian a los pacientes con varas de chonta de la cabeza a los pies. Después de lo cual, el maestro los examina, les prescribe la dieta y los despide. Son las 7 de la mañana.

"Yo soy heredero"

— "Esto es hereditario, me dice Don Gerardo Pizarro. El finado mi tío Andrés Cajusol, fue curandero de fama. Y mi tío me cuenta que cuando yo tenía 4 años (pero de esa edad no me acuerdo) siempre le preguntaban: '¿Es su hijo?' 'No. Es mi sobrino'. De los 6 años sí me acuerdo. A los 7, 8, 9 yo ya curaba, con mi tío. Falleció ese tío, y me quedé con otro tío, José Riojas Albañil. De la misma profesión. Cuando éste murió, me fui a la Selva. Esa fue mi primera campaña: desde Huancabamba, por las Cordilleras, por las Huaringas".

Dón Gerardo insiste en las 3 estaciones o etapas para recoger las plantas curativas: las cordilleras, las amazónicas y las selváticas. Estamos en la casa de una familia de Chiclayo, tres días después de nuestra mesa. Ahora nos habla de Florentino García, "mi compadre espiritual en las Huarinas", y de Juan Cruz y Cumbia, jíbaros, en Pucallpa, maestros curanderos como él. Nos habla también de los caciques, en la misma selva:

—“El Cacique —nos revela— es el que manda a toda la tribu. Ordena y se hace, como un patrón a sus peones. Por ejemplo, el Cacique dice: tú vas a traer ishpingo, el otro va a traer ashango, el otro va a traer tucillo, bejuco de montaña, galanes... Los manda a recoger plantas, y van, y le traen. Y él ya las baja a los conocedores. Pero son pocos los que conocen de plantas. La mayoría cura con el sanpedro y con el tabaco”.

“Nosotros —me dice— somos ramales del tronco. Los primeros, los del inicio del curanderismo, son los antiguos, los gentiles, que están en la Huacas, enterrados. Ellos son los que han preparado los artes. En las Huacas se ha encontrado ishpingo, ashango, hierbas de la selva, varas de chonta, envueltos en tejidos. De las mesas de curanderismo del Antiguo Perú”.